

POR UNA ROSA



LAURA GALLEGO ~ BENITO TAIBO ~ JAVIER RUESCAS

ILUSTRACIONES DE MAR BLANCO
COORDINACIÓN DE JAVIER RUESCAS

montena

EL ZORRO Y LA BESTIA



LAURA GALLEGO

EL ZORRO Y LA BESTIA

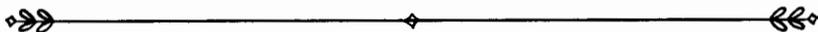


LAURA GALLEGO

El visitante llegó al castillo al ponerse el sol y se detuvo ante la cancela, una alta verja de hierro labrado y oxidado por el paso del tiempo. Contempló el edificio con curiosidad; no era tan antiguo como le había parecido en un principio, pero estaba muy descuidado, como si todos sus habitantes lo hubiesen abandonado a su suerte años atrás.

Y, no obstante, los lugareños aseguraban que algo terrible moraba en aquel castillo, algo que bramaba y aullaba por las noches y se infiltraba en sus peores pesadillas. Algo a lo que nadie había sabido ponerle nombre.

El visitante suspiró para sus adentros. Bien, en caso de que los rumores fueran ciertos, a ese algo no parecía molestarle en absoluto la herrumbre de la cancela ni

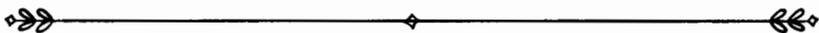


las malas hierbas del jardín. «Nunca confíes en individuos que no conservan su madriguera arreglada», se dijo a sí mismo mientras alzaba el grueso candado con despreocupación. «Es probable que mantengan su alma en un estado similar.» La cerradura se abrió con un chasquido y la cadena que aseguraba la verja cayó al suelo sin más, como los despojos de la muda de una serpiente.

El intruso se deslizó en el interior del recinto sin mayor ceremonia, pero se tomó la molestia de volver a cerrar la puerta tras él. Al hacerlo, fue consciente de pronto de que, una vez más, la cola de zorro que brotaba de la base de su espalda traicionaba su disfraz humano. Suspiró de nuevo mientras la hacía desaparecer. Por norma general no veía inconvenientes en exhibir su verdadera naturaleza, pero para llevar a cabo aquella investigación en concreto necesitaba algo más de discreción. No obstante, sus precauciones no le valdrían para nada si el habitante del castillo era la clase de criatura que sospechaba.

«Pero no lo parece», pensó mientras se deslizaba a través de una maleza feroz y desenfrenada. Se detuvo ante una de las estatuas que salpicaban lo que tiempo atrás pudo haber sido un jardín elegante y bien cuidado. La escultura representaba a una doncella de gesto desconcertado, como si hubiese sido sorprendida por algo desagradable e inesperado en mitad de un plácido paseo. Diez pasos más allá se alzaba una segunda esta-





tua, la de un joven que parecía correr hacia ella muy alarmado. El zorro frunció el ceño y examinó el siguiente grupo escultórico: tres criadas que se abrazaban desconsoladas, como si alguna horrible desgracia se hubiese abatido sobre ellas. Sus lágrimas de piedra y el inquietante realismo de sus expresiones de angustia despejaron cualquier duda que pudiese albergar sobre el dudoso gusto del escultor. Obviamente, aquello no eran estatuas, sino personas hechizadas.



El visitante pasó una mano ante el rostro perplejo de un jardinero que aún conservaba entre las manos los restos pétreos de las malas hierbas que acababa de arrancar al ser alcanzado por aquella extraña maldición. No se produjo el menor cambio.

El zorro entornó los ojos. No contaba con poder deshacer el hechizo sin más, puesto que parecía claro que se trataba de una magia muy poderosa. Pero sí esperaba percibir al menos algún tipo de resistencia. No obstante, su propio poder ni siquiera había llegado a arañar la superficie de aquel intrincado conjuro. ¿Cómo era posible?

ANABELLA Y LA BESTIA



BENITO TAIBO

I

—¡Fuerte, patalea fuerte! ¡Ahora los brazos! ¡Uno, dos, uno, dos, unodosunodos!

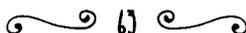
Y la niña, seguía las instrucciones dadas a voz en cuello por su madre, que la miraba desde el otro lado de la pequeña laguna.

Pataleaba y movía frenéticamente los brazos para no hundirse en el agua turbia.

Tenía que aprender a nadar.

Por fuerza, aunque no sabía bien por qué.

Florinda la llevaba todas las tardes de la mano y la obligaba a cruzar cinco, seis, siete veces ese trecho de seis o siete metros, luego la secaba con una sábana raída con estampado de diminutos elefantes. Y algunas veces, para





premiar su esfuerzo, le ponía en la boca un dulce de fresa, mientras la pequeña temblaba y sonreía simultáneamente.

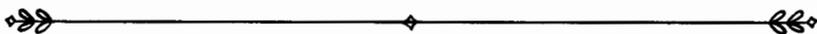


En El Cajón, su barrio en Yuscarán, a sesenta y ocho kilómetros de la capital, Tegucigalpa, nunca hubo piscinas, solo tierra gris que se levantaba furiosamente en las tardes de viento y dejaba a todos empolvados de la cabeza a los pies. Los clubes deportivos eran cosa de ricos. Nadar era cosa de ricos, como jugar al golf o al tenis, o montar a caballo, o comer en un restaurante.

Anabella aprendió primero a barrer, a poner tortillas de maíz sobre el comal en el fuego, a lavar la ropa en una palangana y luego tenderla al sol, detrás de la casita de ladrillo de una planta, con techo de lámina, para que no se llenara de polvo. Y luego, por esa insistencia materna que a los vecinos parecía ridícula, a nadar como un pez.

—¿La quieres llevar a las olimpiadas, mujer? —decía la vecina, sonriendo agriamente cada vez que regresaban de la laguna.

—Eso, a las olimpiadas —respondía Florinda, tomando con fuerza la mano de la niña, que levantaba un



poco de polvo con sus chancletas rosas de plástico llenas de grietas.

El día que cumplió siete años recibió un traje de baño comprado en el mercadillo de la barriada, un poco usado, pero limpio. Y una rosa de plástico. De tallo verde brillante y pétalos de raso rojos como la sangre.

—No somos pobres, somos dignos —repetía como un sonsonete Florinda a su hija todas las noches frente al plato de frijoles y arroz, que allí se llama «casamiento», y que a veces llevaba un trozo de cerdo o de gallina, aunque la mayor parte del tiempo, no.

Y parecería que Dignidad fuese una dama de buenas costumbres que viviera entre las dos, en ese cuarto con una sola cama, un velador, una diminuta mesa y un anafre de leña, una imagen de la Virgen con su vela eternamente encendida y una caja de madera que guardaba sus escasas pertenencias.

Florinda limpiaba casas ajenas en un barrio de clase media de la capital, a las que llegaba después de un viaje de dos horas en un destartalado autobús. Por lo menos tres casas al día. Y lo que ganaba era cambiado rigurosamente, cada viernes, por dólares que escondía en una lata enterrada en una esquina de su propia casa.

Solo se quedaba con un poco de dinero para comprar comida, ropa para la niña y cuadernos de la escuela.

El que fuera padre de Anabella desapareció de su vida el mismo día en que se enteró de que ella estaba embarazada. Exactamente igual que un conejo desapa-

AL CRUZAR EL JARDÍN



JAVIER RUESCAS

Las normas son sencillas y las conoces bien: no debes abandonar nunca las murallas del castillo. Que no te vean. Que no sepan que estás ahí; que existes. Y si lo descubren, no dejes que lo cuenten.

Las has memorizado desde pequeño; las tienes grabadas en el alma, a fuego.

Sí, son sencillas. O al menos lo eran hasta que apareció ella.

Desde entonces, lo sencillo se ha vuelto complicado y ahora te preguntas qué hay más allá. Por qué tus padres nunca te dejaron salir. De qué te protegían. Qué temían. Qué ocultaban. Y por qué, si ellos siguieron sus propias normas al pie de la letra, acabaron muertos igualmente.

De tu madre no guardas más recuerdo que el retrato que hay en el salón y las historias de Padre. De él,



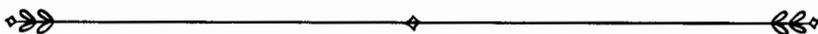
el miedo a desobedecer, su olor a pipa incluso cuando no estaba fumando y sus gritos en la noche cuando le desvelaban las pesadillas.

También las noches en vela cuidándole cuando enfermó el invierno pasado, los delirios de la fiebre y los continuos baños de agua tibia que no sirvieron para nada. ¿Fue una pulmonía lo que le mató o tu incompetencia? No tener a nadie que pueda responder a esta pregunta es lo que más te pesa.

Ahora estás solo, aunque no tienes tiempo para aburrirte. El caserón es grande; un castillo en miniatura. Y el jardín que lo rodea es suficientemente amplio como para tener varios huertos y un establo con dos vacas, tres gallinas y dos cerdos. Por lo que a ti respecta, el mundo, tu mundo, se reduce a esto. Y nunca has querido descubrir lo que hay más allá de las murallas, ni tampoco que te descubra a ti.

Hasta ahora.

Ya la has visto más veces. La primera, desde la ventana del torreón del ala oeste. Padre te tenía prohibido subir allí, mucho más asomarte entre los tablones que tapiaban el cristal. Pero él se ha ido, y la curiosidad se ha vuelto indomable, libre de su severa mirada. Por eso le desobedeciste. Justo aquel día, como si él, desde el más allá, lo hubiera orquestado todo para poderte decir más tarde «Te lo advertí», de haber estado vivo.



ras apartarte de la ventana, sus ojos se clavaron en los tuyos, y solo la escasa probabilidad de que no te hubiera visto fue lo que evitó que te mearas del susto.

¿Era ella uno de los peligros de los que Padre te había advertido? ¿Podía tratarse de la razón por la que te estaba prohibido abandonar los muros de tu castillo? ¿Sería una bruja o una bestia cubierta con la piel de una joven para engañarte?

Cuando te asomaste de nuevo, esta vez en cuclillas y sin atreverte a elevar los ojos más allá del alfeizar, descubriste que había desaparecido sin dejar rastro.



Esa noche no dormiste. Hiciste guardia hasta el amanecer, desvelado por las preguntas sin respuesta que bullían en tu cabeza, pero no regresó. Poco a poco la rutina sosegó tu curiosidad hasta convencerte incluso de que lo habías imaginado todo.

Quizá por eso la segunda vez que la viste, el susto fue aún mayor y tu primer impulso fue correr a por la ballesta que Padre guardaba en su destartalado despa-